

A la entrada del General Diaz á la presidencia, tuvo á su cargo por breve tiempo la cartera de Hacienda sin que su salida del Ministerio implicase la pérdida ni rebajamiento de su privanza. Desde su nuevo y humilde puesto de miembro de una comision financiera y desde su curul en el Congreso, maneja á la grande mayoría parlamentaria y promovia crisis ministeriales encaminadas á resolverse en el afianzamiento de su predominio y la retirada de sus rivales en el consejo. Así se retiraron de sus respectivos ministerios, víctimas de la colosidad política del privado, D. Ignacio Vallarta, Ministro de Relaciones Exteriores, y D. Vicente Riva Palacio, de Fomento. Justo Benitez, predilecto del jefe supremo de la situacion, aclamado en periódicos y banquetes por todos los elementos serviles del poder, blanco principal de las iras oposicionistas flozantes sobre el naufragio político de D. Sebastian Lerdo, su personalidad se ofrecia á la prevision general como la continuacion casi segura en el porvenir del árbitro y señor del presente, y por eso cuando habia éste consumido más de la mitad de su período presidencial y se pensó en que el principio

de no reeleccion le ponía en el caso de elegirse un sucesor ó sea candidato oficial, apenas habia quien dudase que aquel seria el agraciado.

II

Así las cosas, llegaba á su término el año de 78, cuando una excision se produjo entre ambas personalidades, excision que debia resolverse en el cambio de frente observado en la marcha pública de nuevo año. Dióle origen real ó aparente una especie de voto indirecto de censura que Benitez promoviera en la Cámara de diputados contra ligera irregularidad en cierto acto del Ministro de Hacienda, D. Matías Romero, mal mirado por la agrupacion benitista y su jefe que urdian el removerle del Gabinete como sério obstáculo á su omnipotencia. El rechazamiento que el voto aquel recibiera en el Senado, no podia tomarse más que como agria reprimenda que el presidente Diaz se resolvía á aplicar por medio de la Alta Cámara,

directamente adicta a su persona, a las pretensiones cada vez más arrogantes de su íntimo secretario.

Más que éstas, habían provocado la excision las afirmaciones de la voz general y de la prensa que consideraban absorvida toda voluntad propia en el jefe del gobierno por la influencia de su favorito. Achaque natural en espíritus militares ricos de vigor cuanto pobres de letras, es plegarse a la superioridad intelectual de hombre civil y letrado pero esa sumisión puramente espiritual que el carácter no acepta del todo y que puede conservarse inalterable en el periodo de la lucha y de la desgracia, difícilmente puede mantenerse en el mismo grado después del triunfo y en el periodo de la fortuna. D. Justo Benitez no pudo o no quiso ver esto. No vio que el poder de direccion que a favor de su título y ciencia de abogado, tantos años había ejercido sobre Porfirio Diaz, soldado y revolucionario, habria de faltarle sobre Porfirio Diaz, vencedor y presidente. Su dominio, *cactus* cultivado veinte años, duró dos. Mineró insensato que quiso hallar en el fondo de la mina de su privanza

la piedra filosofal de la presidencia, en el empeño de explotarla demasiado, la agotó. A los pocos dias del incidente pedía una licencia, que parecia forzada abjuracion política, para separarse de su empleo con goce de sueldo. Y en el goce de la licencia y del sueldo, marchó para hacer un viaje de ocho meses por Europa, desde donde confirmó su abjuracion en una carta pública de renuncia á su candidatura para la presidencia.

VI

Determina el cambio. ¿En qué sentido?

Llegaba el tiempo de decidirse, y el general Diaz fluctuaba. Sabia lo que pesaba para la solucion del problema público el deslumbrador prestigio de su sombra del benitismo muerto, quedó sin embargo proyectándose cerca del presidente Diaz bajo la figura de un ministro de Justicia que llevaba el nombre de Protasio Tagle. En él parecia revivir y prolongarse por algun tiempo la direccion del privado ausente; desplegó gran lujo reglamentario en el ramo de instruccion, y dirigió la derrota de un proyecto de Exposicion Universal

contra el Ministerio de Fomento y crisis sucesivas en el de Hacienda. Pero estos pujos de influencia, sin apoyo en un partido de porvenir, tenían que disiparse al embate del primer vientecillo que perturbara la atmósfera política. Y el viento sopló, y sopló fuerte....

IV.

Determinase el cambio. ¿En qué sentido?

Llegaba el tiempo de decidirse, y el general Diaz fluctuaba. Sabía lo que pesaba para la solución del problema público el deslumbrador prestigio de su éxito y su espada de Tecocac arrojada como la de Breno, en la balanza oscilante de nuestra suerte. Un fruncimiento de su entrecejo había disuelto al grupo benitista; una sonrisa suya podía recomponerlo ó crear otro nuevo y fuerte. Casi un año le faltaba para llegar al término marcado de su gobierno, y en su indecisión no había abierto ni un portillo practicable á los oficiosos para preparar el

simulacro electoral. Alentaba y dividía al elemento civil en Tagle y en Vallarta halagados y rechazados por él alternativamente; y llegaron también á traslucirse en su actitud vagas complacencias hácia insinuaciones de reelección que la Leonja le murmuraba al oído, en pugna con un principio capital de sus planes revolucionarios.

Un movimiento combinado de rebelión vino á sacarle de su perplejidad. Su propia audacia coronada por la fortuna tentaba á la audacia de todos; agitáronse varios cabecillas del Nayarit en aquella tierra de antiguo dispuesta á volver centuplicado el grano de la discordia, y un soldado salido de las mismas filas porfiristas, el general Miguel Negrete, lanzó una proclama revolucionaria en Monte Alto secundada por algun movimiento de guerrilla y por un complot, medio militar, medio marino, tramado en Veracruz y ahogado en la sangre de ejecuciones asesinas. El historiador se vale de la rapidez narrativa de este capítulo de *Antecedentes* para pasar sin detenerse sobre ese episodio de sangre. Cuando Tácito callaba sobre crímenes de César y de Augusto, era que quería reservarse

á la duda: "el General Gonzalez es español." Y para rebatirla, un órgano del aludido publicó a poco tiempo una fé de bautismo procedente de Matamoros, que decía:

"En la villa de Matamoros, á diez y ocho de Junio de mil ochocientos treinta, el presbítero Don Manuel de la Garza, mi teniente, bautizó solemnemente y puso los santos Oleos y sagrado Crisma á José Manuel del Refugio, de un día de nacido hijo legítimo de D. Fernando Gonzalez y Doña Eusebia Flores; no dieron razon de los abuelos paternos y maternos: padrinos, D. Miguel Rodriguez y Doña Martina Flores, á quienes advirtió su parentesco.—Firmado, José M. Rodriguez, cura de la parroquia de Matamoros."

Noticias extra-oficiales agregaron que Gonzalez habia nacido en el rancho del Moquete, á inmediaciones de Matamoros, de madre mexicana y padre español. Pero la verdad es que la malicia popular no quiso rendirse á pruebas de fórmula. Atribúfase la remision á la capital de la República, de la fé de bautismo, al señor General Canales amigo personal del candidato, y la muchedumbre

que antepone el testimonio de los ojos al de los documentos, sacaba de su aspecto físico y de ciertos rasgos de su estilo y carácter las pruebas de españolismo que no hallaba en la partida parroquial que se le presentaba. Tenia, en efecto, en la anchurosa conformacion de sus hombros y su espalda, en el pecho vigorosamente destacado, en lo resuelto del paso y del ademán, en la propiedad un poco aragonesa de hacer preceder sordos gruñidos á la emision de la voz articulada, y hasta en el abuso del juramento favorecido por la suprema irritabilidad de su carácter, tenia en todo ello tal conjunto de signos sensibles, comunes entre el pueblo de la península hispana, que ellos solo bastaban á explicar las dudas pertinaces del vulgo sobre la nacionalidad del candidato.

El historiador se ha permitido fijar especial atención sobre este punto, porque en el curso de esta Historia habra que recordarlo para hacer resaltar más el fenómeno de que jamás, desde la Independencia, se habia visto en México una administración en que el elemento español figurara con tanta influencia y en tanto número como en la que vere-

mos presidido por el general nacido en el Moquete y bautizado en Matamoros.

VI

Cómo había empezado á vivir el General Gonzalez,

Dice el testimonio bautismal del cura Sebastian Aparicio que cuando le llevaron á su parroquia de Matamoros al niño José Manuel del Refugio tenia éste un dia de nacido. Y como el rancho del Moquete está á unas cinco leguas de dicha ciudad, resulta que no habian trascurrido veinte horas de que saliera el infante del claustro materno, cuando se le expuso á una caminata de cinco leguas; y como es de suponerse que el mismo dia le hicieran regresar al lado de su madre, infiérese que ántes de terminarse para el niño aquel su segundo dia de vida, ya tenia sobre el cuerpo la fatiga de diez leguas de viaje. Viaje de pobre á los cuatro vientos sin toldo de vehiculo que le resguardara del sol;

abrasador de Junio en aquella zona; no cabe más ruda iniciacion en la vida. En el terreno de la Fá-bula el Gargantua de Rabelais que sale del vientre á beberse un vaso de vino, y en el de la Historia Enrique IV, cuyos labios de recién nacido son fro-tados con ajo, no sufrieron tan dura prueba como nuestro pequeño viajero. Pudo decirse que su pri-mera cima fue el arenal del camino, su primer arrullo el estremecimiento de la marcha en los bra-zos que lo conducian, y que el bravo sol de nuestra frontera septentrional le dio la bienvenida con un beso candente. Cuando se hace entrada en el mundo, ó se muere en los umbrales ó se vive para vivir duplicado en fuerzas, en aptitudes para el movimiento y la lucha, respecto de las fuerzas y aptitudes del comun de los hombres.

Y empezó á vivir vulgarmente, como cualquier hijo de vecino fronterizo, en un rancho ganadero y con un nombre (Gonzalez) que es en México el más popular de los apellidos, algo como un nom-bre público, como el *Smith* en Inglaterra y el *Gar-nier* en Francia, nombres que por su generalidad ya no pertenecen á un individuo ni á una familia,

sino á la masa. Su niñez se deslizó al amparo de un tío suyo, de nombre Campuzano, sastre del Moquete, sin que el historiador haya podido descubrir entre las lejanas y oscuras sombras que rodean la infancia de un hombre del pueblo, hasta qué grado el niño ejerció sus primeros talentos en el taller de sastrería de su tío. Lo que sí se sabe es que ya avanzado en la adolescencia entró como empleado en Matamoros á una tienda que era á la vez comercio de abarrotes y panadería, y que allí estuvo trabajando en este último ramo. Después hubo á alguien que le viera fungiendo de cantinero en la cantina de un tal Galbar, español también, y allí acaba la parte privada y tranquila de su vida, y luego se le ve perderse y aparecer alternativamente en las peripecias de una vida de combate.

El historiador tiene derecho á apoderarse de esta última como de un capítulo suelto de nuestra vieja historia revolucionaria.—¿Por qué se ha ocupado también, aunque levemente, de su primera vida privada y oscura?—Porque para el historiador no son elementos vedados ni indiferentes en el pasado de un hombre histórico los que arroja el

período temprano y oscuro de sus días, cuando en ellas puede encontrarse el germen y la explicación de cualidades desarrolladas y hechos verificados en el trascurso de su vida pública.

De estos hechos: se le expuso de recién nacido á las fatigas de relativamente larga traslación y los rigores del clima; tuvo por director de su infancia á un sastre y fué dependiente de comercio y en tiendas españolas, * ¡no surgirá de ellos en lo sucesivo del relato alguna ilustración conveniente á este estudio histórico que ante todo quiere ser sincero?

VII.

Gonzalez, militar conservador.

Tocaba ya á los 21 años en su humilde oficio de dependiente, y corría el año de 52, fecundo para

* Esta circunstancia de servir á españoles y andar siempre entre ellos, le atrajo desde entonces el apodo de *gachupin*.

México en motines locales que obraban sobre la sociedad tumultuaria de entónces como chispa en paja seca, trasformándose en poco tiempo en revoluciones nacionales. Un hombre del pueblo, Blanco, de oficio sombrerero, asaltaba el palacio gubernamental de Guadalajara con un grupo de obreros de su misma industria, y aquel movimiento que derrocó inmediatamente á un gobierno local, fué creciendo en pocos dias hasta derribar al gobierno federal y liberal del presidente Arista.

Así se hacian la mayor parte de nuestros generales y caudillos en aquellos buenos tiempos. Un hortera con doce pesos de sueldo mensual, con los brazos desnudos bajo la manga enrollada de la camisa, sentia de repente que el cucharón de madera con que despachaba *tlacos* de manteca, tomaba en su puño cierta forma de espada, lo blandia con entusiasmo y desde entónces no acechaba más que una pequeña ocasion para salir de la tienda á hacerse general. La vida de mostrador en los pequeños comercios, miserable y sedentaria, con las horas y los dias iguales, dedicados al mismo trabajo mecánico y rudo y sin otra perspectiva de porve-

nir que la de hacer subir el sueldo hasta el límite infranqueable de 50 ó 60 pesos, es la más propia para encender en ansias de lucha á los hombres de vigor y de ambicion.

Para Manuel Gonzalez tenia que ser esa vida como un encadenamiento; tenia que reventar su cadena y saltar, por una ley de organizacion. Y saltó en efecto, en un dia de aquel año, por sobre el amasijo, sobre el mostrador, sobre todos los obstáculos que el cálculo ó la necesidad oponen al impulso de los jóvenes pobres.

VIII.

Gonzalez, santa-annista.

Habíase entronizado Santa-Anna tras de la caída de Arista. La filiación de Gonzalez directamente española por el lado paterno, su prolongado contacto con españoles y subordinacion moral á los mismos, debieron haberle infundido ideas y sentimientos comunes en ellos. El amor á la autoridad

unitaria, al relumbre del fuero y del título, á los ceremoniales del tratamiento, al gobernante ungi-do bajo el palio del obispo, es sentimiento fuerte, natural, casi ingénito en el hombre de España. En la raza española de los nacidos en América ese sentimiento se pierde ó se debilita, también natu-ralmente, en virtud de cierta atmósfera moral de simplicidad y de igualdad; pero esta ley constante tiene una excepción, y es en el caso de que en el hispano americano resulte destruida la acción de esa atmósfera por la influencia española de la so-ciedad particular que le circunda. Fué este el ca-so de Gonzalez. Por eso tuvo que ir á dar á las filas de la reaccion santa-annista como van los rios á la mar. Segun consta en el Escalafon del ejército, en 5 de Abril de 1853, Manuel Gonzalez sentó plaza de soldado raso.

IX.

De soldado á cabo, de cabo á sargento segundo y primero, y de ahí á subteniente y teniente, pasó el jóven Gonzalez en virtud de un movimiento de as-cencion rápida. Sus ascensos se verificaban de mes á mes. Fuerte, hasta parecer que su fuerza domina-ba y destruía en él las funciones necesarias á la vida; capaz de hacer á pié jornadas de veinte le-guas sin rendirse; capaz de pasarse varios dias sin comer, ni beber ni dormir ó durmiendo al paso y con el fusil al hombro; cuerpo que la naturaleza produjo en uno de sus más locos esfuerzos para tener en él quien la desafiara á ella misma; la ley orgánica se estrellaba en su organismo; la nutrición podía ser en él efectuada por frutos silvestres (*gua-yabas, tunas, jicamas*); el sueño no necesitaba del reposo para adormecerle, la sed se le apagaba con agua recogida del charco inmundo, en el hueco de la mano. Cuando un hombre así organizado pene-traba en las filas de nuestro ejército, no tenía más

que presentarse y revelar su fuerza para hacerse acreedor á las estrellas de coronel. En aquel tiempo más que hoy la fuerza física era el gran mérito del soldado. El que se cansaba y rendía en el camino, mal nutrido y saciado, después de tres días de marcha continua, era atravesado por la espada del jefe en el mismo lugar donde caía; el que proseguía, sin sucumbir ni quejarse, era el solo que, mediante una mención honorífica del jefe, podía tener probabilidades de empezar á entrar en la gloria. Era ella la gloria militar, no del hombre, sino del músculo.

X

Este capítulo de historia personal tiene que pasar rápido sobre ese período extraordinario, y para otros de vasto análisis, que se llamó la dictadura de Santa Anna. Ella había empezado á vacilar entre los tiros de la revolución y las risas del pueblo desde el año de 1854. D. Juan Alvarez la ba-

tía con redoblados golpes de ariete, desde sus montañas del Sur. Pero más que por la acción exterior, moría por su misma organización enferma y carcomida en el corazón por el gusano del ridículo. Un gobierno con un jefe que se hace llamar en femenino *Serenísima*, que se pregona á sí mismo *caballero gran Cruz de la orden de Carlos III*, que ha comido la troncha del soldado y tiene sin embargo en su palacio gubernamental una *sala del trono*; un gobierno que instituye órdenes como la de Guadalupe y toma de la ciudad algunos señores que suelen ponerse la chaqueta y el sombrero del charro, para armarles caballeros de dicha orden y hacerles llevar *mantos y sombreros de la mosquetera, de ala levantada y plumage*; un gobierno, en fin, cuyo jefe se hace proclamar alguna vez *Emperador Constitucional* y alguna otra *Gran Elector* y *Gran Almirante* y *Mariscal de los Ejércitos*, que sale al paseo público en carroza precedida por cincuenta batidores y que ostenta con letras de imprenta todos sus títulos y condecoraciones para decretar que los faldones de las levitas de los artilleros sean más largos y sus

solapas lleven dorados en forma de sierra y usen sombreros montados, ese gobierno puede vivir en cualquier parte ménos en México que mata con la risa á todo lo que á fuerza de intentar ser sério degenera en grotesco, como los ingleses matan con la seriedad á todo lo chistoso. El dictador Santa Anna murió políticamente en México de risa pública como habia muerto de la misma muerte el emperador Solouque en Santo Domingo. Los balazos de Alvarez y Comonfort no pudieron más contra él que el apodo. satírico é indiano de *hues-buenches* aplicado á sus caballeros de la Orden de Guadalupe.

Qué partecilla tocó á Gonzalez, soldado insignificante, en esa gran caída, es difícil determinarlo. El grano de arena, imperceptible en sí mismo, lo es más en medio de un remolino. El subtenientito que al recorrer en orden las calles al frente de su compañía, pasa sin ser notado, por más que mire fieramente bajo la visera de su kepi, se hace microscópico en el tumulto de una fuga por las veredas, cuando el soldado, con los pantalones remangados hasta las rodillas, perdidas sus insignias

y hasta sus facciones bajo el polvo y el lodo del camino, se transforma en bohemio de guerrilla, Baste decir que Manuel Gonzalez, con su grado de subteniente, perseveró tras la caída de Santa Anna, en el pecado de la reaccion conservadora, y pasó de Tamaulipas hácia otro campo de accion en que se le verá figurando en medio de otra más activa lucha, conocida en nuestra Historia bajo el nombre de guerra de Reforma.

XI

Gonzalez, antireformista.

Seguir á Gonzalez á través de la revolucion de Reforma es como seguir con la vista al peñasco que va rodando desde la cumbre de una montaña, oculto casi siempre en su misma marcha vertiginosa y no revelándose la mirada más que por intervalos, por apariciones súbitas en los claros de la espesura, allí por un alto dado sobre otra roca

con que tropieza y más allá por la arboleda que se agita, las ramas desgajadas y los troncos doblados á su terrible choque. Más que la vida militar del soldado *mocho*, puédense referir sus episodios sueltos. Cada uno de ellos es la aventura de un Tenorio de vericuetos en quien al amor por las mujeres, ha sustituido el encarnizamiento por una causa política. Aquel Tenorio tuvo también su D. Luis Mejía. Tal era el nombre de un jefe liberal, hermano del histórico general y Ministro D. Ignacio Mejía, quien ocupando á Tamasola fué asaltado por tropas reaccionarias en que militaba González, saliendo éste herido de un balazo en la cara. La bala, resbalando en su carne, dura como una costra, dejó una herida que él recibió tan insalvablemente como se recibe el rasguño de una mano cariñosa. Había nacido para ser acariciado más que ofendido por el hierro, y su herida cesó luego, no sin dejar en su mejilla áspera arruga que le duró toda su vida para acentuar la expresión belicosa de su rostro.

Ya por el tiempo de ese período se había unido y subordinado á un jefe español de tenebrosa histo-

ria que se hacía llamar el General José María Cobos. Ligado manifiestamente en hazañas de plágio, crimen desconocido hasta entonces y después ejercido por muchos imitadores en el país, su personalidad vacilaba entre el militar y el bandido. Era, sobre todo, un generalazo matador por hábito, guerrero, no en consideración á la guerra misma, sino á lo que ella tiene de espoliación y de botín, salvaje con el enemigo durante la pelea, cruel y verdugo con el prisionero después de ella.

El campo de acción de este jefe era el Oriente del país. Los Estados de Oaxaca, Chiapas, Veracruz están llenos de su triste recuerdo. En ellos perseguía á la revolución liberal suscitada por el partido continuador de la dictadura de Santa Anna, y los detalles de esa persecución no se oyen sino con estremecimiento. Una de las más frecuentes crueldades de él y de los suyos con los prisioneros era el arrastrarlos de los pies por medio de zoga liada á la cabeza de la silla del ginete arrastrador. Cierta día memorable, á la sazón que Cobos había ocupado la capital de Oaxaca, uno de los suyos, español también, de nom-

bre Dominguez, se distinguió por un ligero apéndice que añadió á esa operacion del arrastramiento. Cuando hubo arrastrado á toda la carrera de su caballo, sobre el suelo erizado de piedras, á un prisionero liberal, le dejó tendido y moribundo en medio de la plaza principal, frente á la puerta del Palacio del Gobierno. En seguida, bajando del caballo y tomando la pólvora que contenia el cartucho de un centinela de Palacio, la aplicó sobre los dos ojos de la víctima y le prendió fuego con la lumbre de un puro.

El historiador no puede imputar á Gonzalez una determinada participacion en estos actos de salvagismo que suponen mayor ó menor complicidad en todos los miembros de la faccion. Ella, en conjunto saqueó el Real del Monte; y no perdonó ni á las mujeres que, cuando no sufrían males mayores, eran por ella expuestas al ridículo, como lo fueron las de los soldados liberales y del pueblo de la ciudad de Oaxaca tomada por asalto, y á las cuales la faccion de Cobos castigó en sus cabelleras sometiéndolas á general tonsura. Pero, indudablemente, la memoria de los contemporáneos y testigos de tan odiosas jornadas, puede

todavía recordar la figura de Manuel Gonzalez dibujándose distintamente entre la polvareda y los nubarrones de los humazos. Aun se le recuerda en su traje de medio uniforme, con un sombrero de ancha ala, de esos que se llaman en el país alemanes, y montado en su caballito cojido la víspera de cualquier parte, para ser reventado al siguiente, se le recuerda marchando al lado de José M. Cobos de quien fué ayudante.

Aun hay quien precise hechos. Un dia dirigió Gonzalez en la ciudad de Oaxaca una operacion de *leva* de que no se escapaba hijo de vecino que asomase el cuerpo fuera de la puerta de su casa. A cada hombre caído por su mala fortuna en la trampa de la *leva*, exigiale el ayudante de Cobos un fusil, para soltarle libre. Había al efecto, expuesto á la venta, en la plaza principal, un haz de diez fusiles viejos de su propio armamento. Al forzado que se disponía á pagar á tal precio su rescate, se le obligaba á comprar un fusil de aquellos. Entraba el precio (10 ó 12 pesos) en poder del simulado paisano vendedor, entraba el fusil al cuartel, salía de él el hombre libre; y cuando el haz de fusiles iba desapareciendo en la plaza en

virtud de la misma operacion repetida en otros hombres, entonces los fusiles volvian del cuartel á la plaza á recomponer el haz disminuido. Así fué cómo con diez fusiles viejos que no salieron de su propiedad, pudo tener el ayudante reaccionario algunos y buenos pesos que entraron en sus arcas militares.

El comerciantito de Matamoros seguía el oficio á pesar de la vida de campaña. Ya habrá tiempo, en el tránsito de esta historia, de verle desplegando en mas alta escala sus dotes mercantiles. Sólo que entónces, en vez de los fusiles oaxaqueños, quizá se sirva de los fusiles y otras armas no muy nuevas que, tiempos atras, nos vendieran los ingleses.

XI.

Siguen las hazañas de Gonzalez, ayudante de Cobos.

En esa guerra de Oaxaca de 58 á 61, los combatientes desaparecían de repente hundiéndose

como si la tierra se hubiese abierto para devorar á tan implacables enemigos. Era que en su afán de destruirse les parecían insuficientes los medios de que disponian en la superficie y se echaban á luchar subterráneamente. El perseguido hizo en Roma la catacumba; el perseguidor hacia en Oaxaca esa otra catacumba de la guerra que se llama *el camino cubierto*. Se empezaba como las hormigas: un hollo vertical, y luego la prolongacion horizontal por donde los soldados alineados en una sola fila se abrian paso á golpe de hacha en el seno de la tierra hasta llegar bajo el campo enemigo; y se acaba como los gigantes, aventándole á aquel con trozo de costra arrancado á la tierra, ya no por la fuerza del brazo, sino por la explosion del fulminante.

Sucedía á veces que los dos combatientes haciendo cada uno de su parte su camino cubierto, se encontraban de repente sin preverlo, como se encuentran y tropiezan los que marchan en las tinieblas. Las vías subterráneas malamente llamadas *paralelas* concurrían en un punto, y á esta concurrencia tan inesperada seguía lucha indeclinable y ciega en la angosta brecha. Era como una

introducción en el cañón mismo de una arma de fuego: las balas silvaban dirigiéndose sobre los combatientes emparedados, sin errar su destino, y aun los compañeros de armas se mataban unos á otros en la confusión. Manuel Gonzalez, empeñado en esa lucha subterránea decidió aprovechar esa misma contingencia del encuentro en los caminos cubiertos. Buscó ese encuentro en vez de evitarlo. Los liberales dirigian sus minas hacia la plaza de Oaxaca ocupada por los conservadores, y él dirigió las suyas hacia las mismas de aquellos. Una idea infernal le atormentaba y la llevó á la práctica. Proveyóse de sustancias químicas intoxicantes como el azufre y el arsénico, y sometiendo á la fumigación, las arrojaba hacia el camino cubierto de los enemigos, en los momentos en que estos se replegaban hacia su fondo sin salida.... El procedimiento resultó certero: los liberales morian, con la doble muerte de la asfixia y del envenenamiento, hallando la tumba en el antro donde buscaban la victoria. Todo, porque un jóven abarrotero de Matamoros que entre sus especias debió haber manejado algunas drogas, discurrió un dia meterse de soldado en las filas reaccionarias.

XII.

Sóloales llegar, empero, á los conservadores de Oriente, á Cobos y los suyos, adueñados de la capital de Oaxaca, su turno de derrotas. Fué una de éstas el 4 de Agosto de 1860 en la accion de San Luis, pueblecillo situado á una legua de aquella ciudad. Dirigia las fuerzas liberales el general Tiburcio Montiel, que desbarató y puso en fuga á los conservadores. Manuel Gonzalez perdió su caballo en la refriega; fiero trance que le puso en el caso de gritar como Eduardo IV de Inglaterra: "¡mi reino por un caballo!" sin tener un reino con que apoyar la demanda. Pero tenia piernas, y se echó á correr como un desesperado, sintiendo tras de sí el tropel de las caballerías liberales destacadas en alcance de los fugitivos. Parecia perdido, pero la fragosidad del terreno y su propia desesperacion le salvaron. Vió barrancos abiertos de repente ba-